

EL CATOLICISMO.

PERIODICO SEMANAL, RELIGIOSO, FILOSOFICO Y LITERARIO.

Quod bonum est male accipiamur: et rursum pacem colimus. — S. GREGOR NAZARIANO. —

PARTICULAR

Arquidiócesis de Bogotá.

PASTORAL.

NOS, ANTONIO HERRAN, POR LA GRACIA DE DIOS I DE LA SANTA SEDE, ARZOBISPO ELECTO DE SANTA FE DE BOGOTÁ.

Al Venerable Clero Fecular i Regular i a todos los fieles de nuestra Arquidiócesis, salud i bendicion en Nuestro Señor Jesucristo.

Todo poder me ha sido dado en los Cielos i en la tierra. Id pues, e instruid a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre i del Hijo i del Espíritu Santo, i enseñándoles a observar cuanto os he ordenado. Sabed que yo estaré siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos.
SAN MATEO CAP. 28 V. 18.

Estaba acordado en los inescrutables decretos de la Divina Providencia que llevásernos la tremenda carga que las augustas manos de nuestro Santo Pontífice Pío IX, colocara sobre nuestras débiles hombros. El día 15 del presente mes, en la presencia del Exmo. Sr. Enviado Apostólico, de los MM. II. Obispos de Calidonia, de Antioquia i de Santamaría, a presencia del Venerable Clero, de los altos funcionarios de la República, i de un inmenso concurso de fieles, puesta nuestra frente sobre el polvo i elevando nuestro corazon al Todo-poderoso, hemos pronunciado el juramento que nos liga a nuestra Esposa, i al pie de los altares han consagrado los sagrados ritos, nuestra union con vosotros, carísimos hermanos nuestros. No desconocemos los deberes que desde aquel día solemne pesan sobre Nos; vuestras penas, vuestros dolores, vuestros sufrimientos serán en adelante los nuestros, i ni una lágrima podrá correr sobre vuestras mejillas que pueda hallarnos insensible. Os pertenecemos de hoy en adelante definitivamente: vuestra salud será el blanco de nuestras acciones. Si somos la cabeza al frente de la Arquidiócesis, somos tambien el corazon, i no viviríamos en Dios, si no viviésemos en vosotros i para vosotros. Desde aquel momento sois nuestro amor, nuestro pensamiento; i vuestras almas son una sola.

Mas, ¿qué ha podido animarnos a soportar tan inmenso peso? La fé, carísimos hermanos, la esperanza i el tierno amor que nos inspira Aquel que nos ama como su Padre le ama.

Hiz i nueve siglos van a correr desde el día en que, despues de la sangrienta catastrofe del Calvario, se vieron al pie de la Cruz silenciosos i sentados sobre las ruinas de la ciudad santa, unos pobres sacerdotes que con el Evangelio en sus manos leían aquellas memorables palabras: «*Id... instruid. Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*» i estos hombres débiles, flacos, impotentes, sin los medios de arrojarse a la mas grande empresa que oyeron los siglos, triunfaron de todos los obs-

táculos i cambiaron la faz del mundo. El espíritu del Todo-poderoso se encarnó en la flaqueza i miseria del hombre; aquella divina emanacion obró la union mas ineffable i les dió un nuevo ser, una nueva alma. El prodigio que entonces se verificara, se verifica hoy, como se verificará sobre los últimos Pontífices que extiendan sus brazos para bendecir a los últimos fieles que queden sobre las reliquias del mundo.

Tenemos pues fé, carísimos hermanos, en tan augusta i solemne promesa; ella nos alienta i sostiene; nos anima, i hasta alijera la carga, que fuera inaudita audacia del hombre pretender llevar sin ella. Esta promesa fué la que dió fuerza i valor al Ilustre Martir nuestro predecesor en sus 18 años de constantes fatigas, la que le armó de una invencible constancia, i le animó hasta en los momentos en que dictando el testamento, de su fé, nos legara en medio de sus penas, los pensamientos de los bienes celestiales, los deseos de nuestra eterna felicidad, cuando con un pié sobre el sepulcro nos dirija sus últimas palabras, dejando caer sus restos mortales en la tumba que se le cavara léjos de nosotros i en extranjera playa. En las primeras palabras que os dirijimos despues de Nuestra Consagracion, séanos permitido un desahogo a nuestro corazon. Nos, no hemos podido separar nuestras miradas de esa muda loza que tan puras i elevadas inspiraciones nos comunica; i con la mas profunda tristeza hemos subido los escalones del humilde solio que nos dejara vacío: ellos han sido como el melancólico túmulo que el viajero encontrara al principio de su penosa carrera. Mas, gran dicha es hallar el dolor en los primeros pasos de nuestra mision, porque Dios nos promete los consuelos: el Ilustre Sr. Mosquera dejando de ser el servidor en la tierra, ha venido a ser nuestro protector en el Cielo, i la Iglesia Granadina es la Esposa Santa que no abandonará jamás. — Ved aquí una de nuestras esperanzas.

Imposible nos seria desconocer las innumerables dificultades que vamos a encontrar en nuestra carrera, los grandes obstáculos, los inmensos trabajos que deben cercarnos en un terreno desconocido para Nos. Estando el poder civil en absoluta independencia del espiritual, no nos ocuparan, en verdad, los trabajos i aflicciones que ocuparon a nuestros ilustres predecesores; pero una nueva era se abre para Nos, desconocida aún a esos venerandos Pontífices, luchas que ellos no conocieron, dudas que no le cercaron, aflicciones que no les agoviaron. Mantener el majestuoso Culto, i proveer el sostenimiento de los ministros del Santuario, debe ser uno de nuestros cuidados, i el pensamiento de las cosas terrenas debe robarnos algun tanto, el de las cosas eternas: el tiempo empleado en ser administradores, debe sustraernos el que debiéramos emplear en ser exclusivamente pastores. ¿Porqué no decirlo con

dolor? No encontramos hoy aquella fé, aquella piedad que nos dejaron nuestros padres: la tarea de un Obispo era más fácil cuando se hallaba organizado el principio divino que mantiene la vida de los pueblos. Las obras de la fé i de la caridad sostenidas sobre sólidas bases, no eran, como en nuestros días, deficientes i precarias. Establecimientos de beneficencia i caridad, creaciones de nuestros padres; institutos religiosos que tanta cooperación prestaban al Clero secular, todo ha bamboleado al impulso de violenta tempestad, i tantas ruinas agravan hoy el peso del Episcopado.—Ved, carísimos hermanos, las complicaciones, las dificultades en los primeros pasos de nuestra carrera, inciertos, dudosos, emprendidos a la escasa luz de nuestra inesperienza, i calculad el peso, el número i la extensión de nuestros deberes, i no extrañareis que nuestra debilidad se sienta oprimida bajo el peso de tantas dificultades. Pero, os lo repetimos: cuando Dios mandó al Padre de los creyentes que abandonase su patria, su tienda, su familia, i marchase a donde le ordenaba, marchó bajo los auspicios de la fé. Tengamos fé, carísimos hermanos: Nos la tenemos en la palabra de Jesucristo. Ahora, si la fé lleva la paz a la inteligencia; la esperanza la lleva al corazón, i la esperanza-hija es de la fé. Cuando esperamos en Dios; él nos manda también que esperemos en vosotros. Una vez apoyada el alma sobre el firme fundamento de la palabra de Dios, licito nos es esperar aun en las circunstancias humanas, aun en aquellos acontecimientos que nos parecieran funestos como medios de que la Providencia Divina quiera servirse para sus altos designios. Si la mano que parecía prestar protección a nuestra Iglesia se retira, también debe retirarse la que, abusando de su poder i de su fuerza, la oprimía, i continuaba la tuición en poder dominador.—A vosotros toca hoy cuidar de la nave que os conduce al puerto de la feliz inmortalidad, porque fuera de esa nave no hai vida. Mucho se ha debilitado entre vosotros la fé, la piedad, la caridad; preciso es decirlo, en la amargura de nuestro corazón; pero no se han destruido estos dones del Cielo, i por eso esperamos en vosotros. De temer es que el imperio de las pasiones, los tiros de la impiedad, la triste ambición de ostentar un falso progreso, la incredulidad, la novedad, el indiferentismo religioso separen de nuestro rebaño: algunas tristes víctimas de la ignorancia i del orgullo; pero la gran mayoría siempre fiel trabajará con zelo i sin descanso en la casa del Señor. No: la impiedad no ha hecho los estragos que tal vez se prometiera: la gran mayoría del pueblo granadino vive unida con Nos en una misma fé, unos mismos dogmas, la misma doctrina bajo una sola cabeza. Aun en aquellas clases en cuyo corazón se tomó empeño de infiltrar el veneno, no ha podido arrancarse la fé; i tristes desengaños, el peso de la desgracia e ilusiones burladas los volverán, no lo dudamos, de sus costosos extravíos.

¿Qué no debemos esperar de la actividad, virtud, saber i prudencia de los respetables Pontífices con que el zelo paternal de LA SANTA SEDE ha gratificado a nuestra República! ¿Cuánto no debemos esperar de un Clero que en su mayor parte ha sabido conciliarse el respeto de sus fieles por su virtud i por su consagración al desempeño de su ministerio; que en aciagos tiempos, en la triste viudedad de la Arquidiócesis ha sabido comportarse con prudencia, dar ejemplo en el cumplimiento de sus deberes i de obediencia a las autoridades legítimas! Cooperadores que venos agruparse con presteza al rededor nuestro, prontos a escuchar cuanto el Señor nos ordenare prescribirles. (Act. Apost. 10. 33.)

Alienta nuestra esperanza esos monasterios,

asilos de la penitencia i la virtud, de donde suben de labios virginales fervientes ruegos, como nube al Cielo, para descender sobre nosotros en lluvia de bondades divinas. También nos alienta, porque hemos contemplado con ternura la abnegación del sexo débil en días de infortunio, para la patria; hemos contemplado virtudes que harían ruborizar al egoísmo que pretendiera extender sus desolaciones. Tenemos, pues, la confianza de que al seno del sexo débil se refugiará la piedad i el sentimiento religioso que quisiera sacudir el hombre orgulloso e indomito. La mujer en nuestra patria sabe que debe su dignidad i el rango que ocupa en la sociedad a la Religión de Jesucristo, i comprendiendo la misión de la mujer cristiana, llevará los destinos que la Providencia le confía.

Como un hombre que se encuentra de improviso en un terreno nuevo, escabroso, rodeado de tinieblas, lanza sus miradas a todas partes pidiendo socorro. Nos, las hemos arrojado a cuanto nos rodea, i se han detenido un momento sobre las tumbas de las generaciones cristianas que en 300 años han ocupado este suelo: cristianos viejos, llenos de fé i caridad; sobre las tumbas de los mártires de nuestra independencia, que se sacrificaron por nuestra dicha i prosperidad, pensando construir el majestuoso edificio nacional sobre la indestructible base de la Religión Santa, que les legaron nuestros mayores, i legaron a sus hijos tumbas que hoy cubre el polvo de la tierra; pero que de ellas salieron falanjes de bienaventurados que habitan en la mansión de la gloria. De ellos esperamos protección, no porque nos juzguemos dignos de merecerla, sino por el amor que os profesaron.—Vosotros que no sois extraños a la fé, comprendéis cuán consolador es este pensamiento para el Pastor que da sus primeros pasos en la senda de sus angustias funciones. Ese pueblo de ultra-tumba es el de nuestros mayores, que agrupados al rededor de sus antiguos Pastores, ven desde aquella sublime altura nuestras necesidades, oyen nuestros clamores i no dejan caer heladas nuestras lágrimas, sin recogerlas para presentarlas al Padre Celestial; son los antiguos fieles que oran por la conservación de la fé, depósito sagrado que nos dejaron en este valle de miserias, como precioso vínculo de unión: son los padres de esta misma familia encargada hoy a nuestros cuidados. Distinguimos entre esos grupos de bienaventurados protectores al Ilustre Mártir Mosquera, que levantando al Dios de las misericordias su rostro cubierto aún de las lágrimas que le hicieron brotar nuestras desgracias, extiende sobre esta grey sus venerables manos con aquella ternura que le inspirabais para bendeciros i bendecir a vuestro Pastor. Si, carísimos hermanos: en la sociedad civil los hombres no dejan después de su peregrinación en la tierra, sino el silencio del sepulcro, o a lo mas por algun tiempo el eco de un nombre que el tiempo mismo desvanece. No sucede lo mismo en nuestra sociedad espiritual: los fieles se elevan a la altura de los Santos, i en el mundo de la inmortalidad son nuestros protectores.

Mas a los escogidos, a los mártires, a los Santos, al Cielo i a la tierra preside aquella Soberana que fué coronada Reina universal de todo lo creado: bajo los auspicios del Dogma de la INMACULADA CONCEPCION DE MARIA, inauguramos nuestro ingreso en el Episcopado. Cuando nos abandonamos a este pensamiento, desaparecen ante Nos las dificultades, los obstáculos, los trabajos; suave se nos hace el yugo i la carga ligera. Aquel dogma se levanta del Vaticano, brillante como un sol, se eleva sobre nuestro horizonte para disipar nuestras tinieblas, iluminar nuestra marcha i pr:

... en nuestro camino. «Oh Virgen Inmaculada, Augusta Madre del Salvador de los hombres! os diremos con San Bernardo: «significando, nadie se desvía; dirigiéndose a Vos, ninguno desespera, pensando de Vos lo que pensáis de Vos misma, nadie «yerra. Si Vos nos sostenéis, no caeremos; si nos «protegeis, nada temeremos; si guiáis nuestros pasos, «no sentiremos fatiga; si nos sois propicia, llegaremos al término.» (1) Este es, carísimos hermanos, el incontrastable apoyo de nuestra debilidad: hombre flaco e impotente, he aquí nuestro mas dulce pensamiento, nuestra mas consoladora esperanza.

Bajemos nuestra mirada otra vez a la tierra: aquí encontramos el poder civil i nos entregamos a la confianza de que él tambien cooperará con Nos a nuestra felicidad, protegerá nuestros desvelos, alentará nuestra marcha. Nos inspira esta confianza ver en las Cámaras Legislativas, al frente del Gobierno de la Nación, en las altas magistraturas, en las Cortes inferiores, en casi todos los puestos públicos, entre todos los servidores de la patria, hombres de fé, de sensatez, de juicio; hombres ilustrados, verdaderos patriotas, jefes aleccionados por la experiencia, espíritus calculadores, previsivos; hombres en cuyos pechos arde la llama del amor patrio, el fuego de la caridad, el lazo del amor a sus conciudadanos, «el vínculo de la perfección.» (2) la consumación de todo bien. El poder civil, esperémoslo, carísimos hermanos, trabajará con nosotros en establecer el edificio social sobre la sólida base de las creencias religiosas. Tantas trastornos i vaivenes, tantas revoluciones encadenadas a revoluciones, tantas ideas desorganizadoras, tantos proyectos tan alucinadores como perniciosos i falaces, tantas lágrimas triste i estérilmente vertidas, tanta sangre inutilmente derramada, este cúmulo de lecciones grita muy alto para que los hombres encargados de vuestros destinos desoigan el grito de vuestros dolores. La experiencia de los siglos i la experiencia de nuestra transformación política nos demuestran que la sociedad civil necesita ser por sus leyes fundamentales una sociedad divina, basada en fundamentos divinos, sostenida por el poder divino: de ella podemos decir lo que San Agustín decía del corazón humano: «Vos, Dios mio, lo habeis formado para Vos; se inquieta, se conturba hasta que descanse en Vos.»

Hemos elevado nuestras miradas hacia lo alto, las hemos extendido al rededor nuestro buscando apoyo a nuestra debilidad, esperanzas a nuestro corazón. Hemos contemplado las dificultades de nuestro ministerio con la cooperacion de la sabiduría, prudencia i santidad de nuestros dignos sufragáneos, con la actividad i zelo de nuestro venerable Clero, con la piedad i espíritu religioso que os transmitieron vuestros padres, con la confianza que nos inspira el poder civil. Mas nunca nos abandonaríamos en la direccion de nuestra Diócesis a los apoyos de la tierra o a nuestros propios pensamientos. Lo que abre nuestro corazón a la confianza, os diremos, carísimos hermanos, con un ilustre Prelado, lo que funda nuestra esperanza, lo que nos da seguridad, «es tener en el centro del mundo católico, en la Cátedra eterna, un Jefe; un guía, un padre: recurriendo a él, hallaremos en nuestras dudas una decision segura, en nuestra debilidad un apoyo que nos sostendrá. La Santa Sede es el principio de donde emana la fuerza; la fuente inagotable de luz, el foco de la vida divina, que circula en todo el cuerpo de la Iglesia. Como Obispo, ninguna fuerza tenemos, sino en la union con el Vicario de Jesucristo; sólo

él ha recibido con la promesa del Salvador, el poder de confirmar a sus hermanos. Nos, tenemos la necesidad de recibir por él, el efecto de esta promesa. Nos abrumaría el peso que se nos ha confiado, si no se aligerase por la sumision a este Jefe Supremo de la Iglesia, i no nos atrevieramos a mandáros sino porque sabemos obedecerle.»

A vosotros, venerables Párrocos, a vosotros nos dirigimos muy especialmente: os rogamos, os exhortamos, sois nuestros cooperadores espirituales, el brazo indispensable de nuestro movimiento i accion. No olvideis el siglo en que vivimos, no desconozcáis la nueva carrera que se abre delante de vosotros. Estos son otros tiempos; tiempos que no conocieron nuestros antepasados. No basta orar, preciso es prever, meditar, obrar, trabajar: el alullido de los lobos, no se oía antes, sino a lo lejos: hoy rodean vuestro rebaño, se deslizan dentro de él, descarrían vuestra ovejas; el cuidado i atencion que debéis a ellas demandan todo vuestro zelo, vuestra actividad; la vijilancia del mas despierto, del mas solícito Pastor. Recordad lo que el Apóstol decía a Timoteo: «Predica la palabra, insta oportuna e importunamente, reprende, ruega, amonestación con «toda paciencia i doctrina; porque vendrá tiempo «en que no sufriran la sana doctrina, antes, amonastarán maestros conforme a sus deseos, i apartarán los oidos de la verdad, i los aplicarán a las «fábulas; mas por lo que a tí toca, vela, trabaja en «todas las cosas, cumple tu ministerio.» (3) Recordad, que la corona no está reservada sino al que combate hasta el fin con denuedo por la causa del Señor. (4)

La independencia de la Iglesia i del Estado que decreta la lei, puede ofreceros dificultades; pero toca a vosotros removerlas i cooperar con Nos a superarlas, sumisos a los mandatos de vuestros superiores. Rodead vuestro augusto carácter de dulzura, afabilidad i prudencia; Buscad por todas partes los caminos de Dios i confiad en su Providencia: el que es indefectible en sus promesas, os ha prometido que no os faltarán las cosas terrenas que necesiteis. (5) Graves son vuestros deberes; grande vuestra responsabilidad; teneis tambien juramentos que cumplir; juramentos que están escritos en páginas eternas; que ningun poder humano podrá destruir, i que os serán presentados el día de dar la suprema cuenta de vuestro delicado ministerio. Premiado será el bien que recojais de vuestros desvelos, fatigas i trabajos. Cuidad en cuanto esté en vuestro poder, de la educacion de los niños; vedad en que los padres, sacerdotes tambien en la familia, cumplan exactamente con su importante mision. Unios todos los Párrocos en un mismo espíritu para trabajar en la grande empresa, en la obra sublime de la salvacion de las almas; unios todos a vuestro Pastor para hacer frente a las tempestades que las desgracias de los tiempos puedan suscitar; uniamonos todos al Vicario de Jesucristo para marchar con pasos firmes i seguros.

Grande es la influencia que podeis ejercer sobre vuestra respectiva grei, i todos sobre la dicha eterna de la sociedad; poderosos son los medios que la Religion pone en vuestras manos, como ministros suyos, i para que hagais comprender a todos que no es mas que amor. Presentadla en toda vuestra conducta, hasta en vuestros modales, amable, tal cual lo es ella. De qué recursos no os prevee una Religion que asiste a la cuna del hombre, le conduce por los escabrosos senderos de la vida i le guía dul-

(1) De laudib. Virg. Mar. Homil. 2.ª

(2) Ad colos. C. 3. v. 14.

(3) 2.ª Ah Timot. 4.

(4) Apoc. C. 2.

(5) S. Mat. 25.

cémente al sepulcro, que ya le fodea en sus alegrías ya enjuga sus lágrimas ya le consuela en el infortunio! Ministros del Altísimo! ¿qué no podreis hacer vosotros, siendo los dispensadores de estos beneficios, en la práctica de vuestros deberes, en el ejercicio de vuestro ministerio! El hombre que lleva en su corazón, como signo sagrado de su origen, ese inmenso deseo de felicidad, que nada satisface en la tierra, la buscará en la divina institución que se le ofrece, porque vosotros les habreis mostrado donde se encuentra, i les habreis hecho fáciles los medios de obtenerla. Vosotros podreis mostrar a los incautos que esta Religión no está en lucha con ninguna forma del sistema social; que cubre con su sombra las instituciones morales i políticas, que se encuentra, la primera, en toda vía de progreso i perfección; que nacen i crecen bajo su tutela las facultades del espíritu i del corazón; que si prescribe las virtudes todas, es para conducir por esos medios a todo género de grandezas.

Aunque con débiles rasgos, os hemos dado cuenta, carísimos hermanos, de lo que la fé i la esperanza nos inspiran: sabéis los motivos de consuelo i de confianza que nos animan al recorrer estas líneas habreis leído en nuestra alma alguna parte de nuestros temores, de nuestras penas, de nuestras incertidumbres al poner el pié en la difícil carrera que la Providencia nos manda emprender. La obra de Dios será cumplida si el lazo divino de la caridad nos une, nos anima, nos vivifica.—Recibid, carísimos hermanos, nuestro corazón, esperando en cambio el vuestro.—Señanos permitido terminar las primeras palabras que os dirijimos despues de la unción episcopal, como terminó en lo relativo a estos países, Nuestro Santísimo Padre Pio IX en su consistorio de 27 de setiembre de 1852: «No cesemos «dia i noche de rogar i suplicar con preces asiduas «i fervorosas al Clementísimo Padre de las misericordias i Dios de toda consolación, que con su divina «gracia quiera reducir a todos los errantes a los caminos de la verdad, de la justicia i de la salud; i «que por su virtud omnipotente haga al mismo «tiempo, que su Iglesia Santa tan aflijida i vejada «en aquellas, como en otras rejiones, por los perversos consejos de los hombres impíos, cese en su «llanto, deponga el luto, tome los vestidos de su «alegría, i se vea cada dia desde el Oriente hasta el «Ocaso, multiplicada i hermosada con los mas espléndidos.»

Dada en Santafé de Bogotá a 26 de Abril de 1855.

ANTONIO, ARZOBISPO ELECTO

de Santafé de Bogotá.

Por mandado de S. S. I.

El Secretario.—Gregorio de Jesús Fonseca.

Diócesis de Santamarta

PASTORAL.

NOS FRAT BERNARDE RÓJAS, POR LA GRACIA DE DIOS I DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE SANTAMARTA

Al Venerable Clero i a todos los fieles de nuestra Diócesis, salud i bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

Obsecro vos ut digne ambuletis, supportantes invicem in charitate, solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis.—DE EPIST. AD EPHES. C. IV.

Cuando mirábamos ya cercano el dia en que debian terminar las fatigas que son inseparables de los destinos que tienen alguna superioridad, aun cuando sea entre los propios hermanos: cuando nos lisonjaba la esperanza de gozar del retiro de la celda como religioso particular, sin las atenciones que demanda el cuidado de las almas: ved aquí, amados hijos, que la Divina Providencia por un no esperado acontecimiento, nos destina para el alto i delicado ejer-

cicio del ministerio pastoral en medio de vosotros. Conocemos la desproporcion de nuestras fuerzas para un encargo de tanta consideracion. Nos ruboriza i nos confunde el considerar que el mínimo i mas inútil de los Sacerdotes, sea destinado para el gobierno de una Diócesis respetable por su antigüedad, i por los grandes ejemplos con que tantos varones santos i sabios la han ilustrado; Diócesis regada abundantemente con los sudores de tantos hombres apostólicos de nuestro mismo instituto que la evangelizaron con su doctrina i la edificaron con sus ejemplos; Diócesis que con razon debe gloriarse de haber visto i oído por muchos años al infatigable i zelosísimo siervo de Dios Sr. Luis Beltrán. Ah! Nuestro espíritu tímido i conturbado vaciló muchos dias para aceptar tan tremendo i difícil encargo, i solo el convencimiento de que no hemos buscado ni pretendido introducirnos en tan árdua comision, nos decidió a inclinar la cabeza, preparar los hombros para el peso, i obedecer la voz del Padre comun de los fieles que tanto se interesa por nosotros.—Al dirijiros desde esta ciudad nuestras pobres palabras, quisiéramos que ellas os patentizaran los sentimientos amorosos en que arde nuestro corazón por vuestro bien, sentimientos que nos compelen a suplicaros con el Apóstol San Pablo, que os manifesteis dignos del nombre de cristianos con el cual habeis sido distinguidos: que os disimuleis mutuamente con caridad, i esteis mas solícitos para conservar la unidad de espíritu en el suavísimo nudo de la paz.—Estas dulces i consoladoras palabras nos han parecido, amados hijos, las mas oportunas para exhortaros en los dias de turbulencia que atravesamos en estos tiempos en que hemos visto a los cristianos extraviarse i despedazarse con una guerra exterminadora, en estos tiempos en que aflijidos los Ministros del Altar, lloran los atrasos i desgracias de la Nacion. Por tanto, no lleveis a mal que desde ahora procuremos inculcar en vuestros corazones la paz de Nuestro Señor Jesucristo, única que nos trae todos los bienes i nos evita todos los males.

Estamos bien persuadidos de que en el rebaño que hoy es el objeto de nuestros desvelos, no faltarán muchos de aquellos defectos propios de una naturaleza viciada como lo es la naturaleza humana. Aun entre los mismos Angeles hubo rebeldes cuando apenas salian de las manos del Omnipotente. En el Paraíso hubo delinquentes, i aun en aquellos hambres escogidos por el Divino Jesus, se encontraron infieles a su santa i celestial doctrina. No hai duda, amados hijos, la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo es una grande mies en la que necesariamente ha de encontrarse paja i grano; es un dilatado mar en que hai peces buenos i malos; es un ejército numeroso compuesto de valerosos soldados, sin que por esto falten tímidos e inobedientes; es un redil en que hai corderos i cabritos; i para decirlo de una vez, es la congregacion de los fieles compuesta de justos i pecadores.

Todos sufrimos una fuerte inclinacion al mal desde nuestra misma adolescencia, i necesitamos una pelea continua para conseguir la victoria. Nada extraño es que entre vosotros se encuentren tales o cuales defectos, estas o aquellas imperfecciones, triste legado, herencia fatal de la descendencia de Adán. Para curar estos males que casi siempre cauden en el rebaño de Jesucristo destruyendo la caridad i alejando la paz, no se necesitan ejércitos armados, providencias ruidosas i extraordinarias que las mas veces empeoran las enfermedades en lugar de curarlas. Un Prelado es un médico espiritual, que, adornado con la prudencia i el discernimiento, debe podar la viña, pero no arrancarla: debe tronchar la rama seca, pero no derribar el árbol: debe aplicar con caridad los remedios oportunos a los enfermos, si no quiere aniquilarlos. La